

LA SAGA FORERUNNER

HALO

CRYPTUM



GREG BEAR

Hace cien mil años, la galaxia estaba poblada por una gran variedad de seres. Pero una especie —eones por delante tanto en tecnología como en conocimiento— predominó sobre las demás. Gobernaban en paz, pero eliminaban con contundencia a sus enemigos.

Eran los Forerunners: los custodios del Manto, la siguiente fase de la vida en el Tiempo Vivo del universo. Y, entonces, desaparecieron. Ésta es su historia.

Nota de la IA traductora: Las mejores traducciones tácticas implican la conversión automática a términos y frases de comprensión inmediata, incluidas las expresiones coloquiales. Esa tradición se ha seguido en esta obra.

El ser pacífico está en guerra por dentro y por fuera.

El Manto, Quinta Permutación del Número del Didacta

* * *

La historia de los Forerunners —la historia de mi pueblo— ha sido contada innumerables veces, cada vez de un modo más idealizado, hasta que apenas la reconozco.

Algunas cosas de hecho son ciertas. Los Forerunners eran los más sofisticados entre todos los demás imperios y poderosos casi hasta lo inconmensurable. Nuestra ecúmene abarcaba tres millones de mundos fértiles. Habíamos alcanzado las cotas más altas en conocimientos tecnológicos y físicos, al menos desde la época de los Precursores, quienes, dicen algunos, nos hicieron a su imagen, y dieron vida a esa imagen con su aliento.

Los hilos conductores de esta parte del relato —la primera de tres— son viaje, osadía, traición y destino.

Mi destino, el destino de un Forerunner estúpido, quedó unido una noche a los destinos de dos humanos y a la larga línea de universo de un gran líder militar..., esa noche en la que puse en marcha las circunstancias que desencadenaron la oleada final del horrendo Flood.

Contemos pues el relato, y que la narración sea fiel a los hechos.

1

SOL • EDOM A ERDE-TYRENE

La tripulación de la embarcación cubrió las hogueras para que ardieran con menos intensidad, desconectó la máquina de vapor y alzó el órgano calíope del agua. La burbujeante canción mecánica se extinguió con una serie de chasquidos y gemidos lúgubres; no había estado funcionando bien para empezar.

A veinte kilómetros de distancia, el pico central del cráter Djamonkin se alzaba entre la neblina gris azulada, la cúspide perfilada en un dorado rojizo por los últimos rayos del sol que se ponía. Una única luna se alzaba luminosa y fría detrás de nuestra embarcación. El lago interior del cráter se rizaba alrededor del casco de una manera que ninguna marea o viento había movido jamás agua. Bajo el oleaje y las espirales, centelleando con el reflejo de la puesta de sol y la luna, pálidos merses se retorcían y cabeceaban igual que los nenúfares del estanque de mi madre. Estos nenúfares, sin embargo, no eran flores pasivas, sino krakens dormidos que crecían en los bajíos sobre gruesos tallos. Con una anchura de diez metros, los gruesos bordes musculosos estaban provistos de dientes negros tan largos como mi antebrazo.

Navegábamos por encima de un jardín de monstruos estrechamente unidos entre sí que se autoclonaban. Cu-

brían todo el suelo inundado del cráter, merodeando justo bajo la superficie y mostrando una actitud muy territorial. Tan sólo las embarcaciones que entonaban la canción arrulladora que los merses utilizaban para mantener la paz entre ellos mismos podían cruzar estas aguas con tranquilidad. Y ahora parecía que nuestras melodías estaban anticuadas.

El joven humano al que conocía como Chakas cruzó la cubierta, aferrando su sombrero de hojas de palma a la vez que negaba con la cabeza. Permanecimos de pie el uno junto al otro y miramos con atención por encima de la barandilla, observando cómo los merses se retorcían y agitaban. Chakas —de piel bronceada, prácticamente desprovisto de vello y distinto por completo de la imagen bestial de los humanos que mis tutores me habían inculcado— negó otra vez con la cabeza con desaliento.

—Ellos juran que están usando las canciones más nuevas —murmuró—. No deberíamos movernos hasta que lo resuelvan.

Observé a la tripulación de la proa, inmersa en una discusión llevada a cabo en susurros.

—Me aseguraste que eran los mejores —le recordé.

Me contempló con ojos que eran cómo ónicos pulidos y pasó la mano a través de una espesa mata de pelo negro que colgaba hacia atrás hasta el cuello, cortada en perfecta línea recta.

—Mi padre conocía a sus padres.

—¿Confías en tu padre? —pregunté.

—Por supuesto —contestó—. ¿Tú no?

—No he visto a mi padre auténtico en tres años —respondí.

—¿Eso te entristece? —preguntó el joven humano.

—Él me envió aquí —señalé un brillante punto bermejo en el negro firmamento—. A aprender disciplina.

—¡Shh-shhaa!

El Florian —una variedad de humano de menor tamaño, la mitad de la altura de Chakas— llegó correteando desde la popa sobre los pies desnudos para reunirse con nosotros. Jamás había conocido una especie que variara tanto y aun así mantuviera un nivel tan uniforme de inteligencia. Su voz era queda y dulce, y efectuaba delicados gestos con los dedos. En su agitación, hablaba con demasiada rapidez para que pudiera comprenderlo.

Chakas hizo de traductor.

—Dice que tienes que quitarte la armadura. Está perturbando a los merses.

En un principio, no fue una sugerencia bien recibida. Los Forerunners de todos los rangos llevan puesta una armadura de asistencia corporal durante gran parte de sus vidas. La armadura nos protege a la vez física y médicamente. En emergencias, puede suspender las actividades vitales de un Forerunner hasta que sea rescatado, e incluso proporcionar alimento durante un tiempo. Permite a Forerunners adultos conectar con el Dominio, del cual puede fluir todo el conocimiento Forerunner. La armadura es una de las razones principales de que los Forerunners vivan tanto tiempo, y también puede actuar como amiga y consejera.

Consulté con mi ancilla, la inteligencia y memoria incorpórea de la armadura..., una pequeña figura azulada en el fondo de mis pensamientos.

—Esto ya estaba previsto —me dijo—. Los campos eléctricos y magnéticos que no sean los generados por la dinámica natural del planeta provocan en estos organismos un chapoteo enfurecido. Es por eso que la embarcación está propulsada por un primitivo motor de vapor.

Me aseguró que la armadura no tendría ningún valor para los humanos, y que, en cualquier caso, ella podía protegerla de un uso indebido. El resto de la tripulación observaba con interés, y yo percibí que este podría ser un punto espinoso. La armadura se apagaría, desde luego, una vez

que me la quitara. Por el bien de todos nosotros, tendría que ir desnudo, o casi. Medio conseguí convencerme de que esto no podía hacer más que añadir emoción a la aventura.

El Florian se puso de inmediato a tejerme un par de sandalias con los juncos que utilizaban para taponar filtraciones.

* * *

De todos los hijos de mi padre, yo era el más incorregible. En sí mismo esto no era una nota negativa, o ni siquiera inusual. Los Manipulares prometedores a menudo muestran una rebeldía temprana; la impronta en metal sin pulir a partir de la cual se afina y da forma a la disciplina de aquel que cumple todos los requisitos de su rango.

Pero yo sobrepasé incluso la generosa paciencia de mi padre; rehusé aprender y progresar siguiendo cualquiera de las curvas Forerunner apropiadas: instrucción intensiva, entrega a mi rango, mutación a mi forma siguiente y, finalmente, adhesión a una tríada naciente... donde ascendería al cénit de la madurez.

Nada de eso me atraía. Estaba mucho más interesado en la aventura y los tesoros del pasado. La gloria histórica brillaba con mucha más intensidad a mis ojos; el presente parecía vacío.

Y así pues, al final de mi sexto año, frustrado hasta lo intolerable por mi tozudez, mi padre me envió a otra familia, en otra parte de la galaxia, muy lejos del complejo de Orion, de donde eran originarios los míos.

Durante los últimos tres años, el sistema de ocho planetas alrededor de una estrella amarilla menor —y en particular, el cuarto, un seco mundo rojizo y desértico llamado Edom— pasó a ser mi hogar. Llamadlo exilio. Yo lo llamé escapatoria. Sabía que mi destino estaba en otra parte.

Cuando llegué a Edom, mi padre de intercambio, siguiendo la tradición, equipó mi armadura con una de sus propias ancillas para que me educara en las costumbres de

mi nueva familia. En un principio pensé que esta nueva ancilla sería el rostro más obvio de mi adoctrinamiento; tan sólo otro grillete en mi prisión, dura y poco comprensiva. Pero no tardó en demostrar ser algo del todo diferente, en nada parecida a cualquier ancilla que hubiese experimentado jamás.

Durante mis largos períodos de tutoría y ejercicio reglamentado, me sacó de mí mismo, rastreó el origen de mi tosca rebelión hasta sus raíces; pero también me mostró mi nuevo mundo y mi nueva familia bajo la clara luz del razonamiento imparcial.

—Eres un Constructor enviado a vivir entre Mineros — me contó—. Los Mineros están clasificados por debajo de los Constructores, pero son sensatos, orgullosos y fuertes. Los Mineros conocen las crudas interioridades de los mundos. Respétalos, y te tratarán bien, te enseñarán lo que saben y te devolverán a tu familia con toda la disciplina y habilidades que un Manipular necesita para progresar.

Tras dos años de un servicio en general impecable, guiando mi reeducación mientras que al mismo tiempo mitigaba mi embrutecedora existencia con una cierta ironía, empezó a discernir una pauta en mis preguntas. La respuesta que ofreció fue inesperada.

La primera señal del extraño favor que me demostraba mi ancilla fue la apertura por su parte de los archivos de mi familia de intercambio. A las ancillas se les encomienda el mantenimiento de todos los registros y bibliotecas, para facilitar el acceso a cualquier información que un miembro de la familia pueda necesitar, por más antigua y críptica que sea.

—Los Mineros, como sabes, cavan muy hondo. Los tesoros, como tú los llamas, aparecen con frecuencia en su camino. Ellos los recuperan, declaran, resuelven la cuestión con las autoridades apropiadas... y pasan a otra cosa. No son curiosos, pero sus informes a veces sí lo son.

Pasé horas felices estudiando los viejos informes, y aprendí mucho más sobre vestigios de los Precursores, así como la arqueología de la historia Forerunner.

Fue aquí donde recogí indicios de tradiciones ignoradas u olvidadas en otras partes... no siempre en forma de pruebas reales, sino deducidas de algún dato curioso aquí o allá.

Y durante el año que siguió, mi ancilla me evaluó y juzgó.

Un día seco y polvoriento, mientras yo ascendía por la poco empinada ladera del volcán de mayor tamaño de Edom, imaginando que en la enorme caldera estaba oculto algún gran secreto que me redimiría a los ojos de mi familia y justificaría mi existencia —mi permanente estado de fuga sin sentido—, ella rompió el código de las ancillas de un modo escandaloso.

Me confesó que en una ocasión, hacía mil años, había formado parte del séquito de la Bibliotecaria. Desde luego, yo conocía la existencia del más importante de todos los Operarios de la Vida. No era un completo ignorante. Los Operarios de la Vida —expertos en cosas vivas y en medicina— están situados por debajo tanto de los Constructores como de los Mineros, pero justo por encima de los Guerreros. Y la categoría más alta de Operario de la Vida es Moldeador de Vida. La Bibliotecaria era uno de tan sólo tres Operarios de la Vida honrados con tal distinción.

Presuntamente, la memoria de la ancilla del tiempo pasado con la Bibliotecaria había sido suprimida cuando la fundación de la Bibliotecaria la canjeó a mi familia de intercambio como parte de un trueque cultural; pero ahora, por completo consciente otra vez de su pasado, parecía dispuesta a conspirar conmigo.

—Hay un mundo justo a unas pocas horas de viaje de Edom donde podrías hallar lo que buscas —me contó—. Hace nueve mil años, la Bibliotecaria estableció una base de investigación en este sistema. Sigue siendo un tema de

conversación entre los Mineros, quienes, por supuesto, lo desaprueban. La vida es muchísimo más escurridiza que las rocas y los gases.

Esa base estaba ubicada en el tercer planeta del sistema llamado Erde-Tyrene: un lugar desolado, poco conocido, aislado, y a la vez el origen y el último depositario de lo que quedaba de una especie degradada llamada humana.

Los motivos de mi ancilla, al parecer, eran aún más anómalos que los míos. Cada pocos meses, una nave despegaba de Edom para transportar suministros a Erde-Tyrene. No es que ella me proporcionara exactamente información sobre lo que encontraría allí, pero mediante insinuaciones y pistas me indujo a decidir que era importante.

Con su ayuda, me abrí paso a través de los pasillos y túneles laberínticos hasta la plataforma de embarque, me introduje clandestinamente en la atestada nave, reajusté los códigos para ocultar mi masa extra... y despegué en dirección a Erde-Tyrene.

Ahora era mucho más que un simple Manipular rebelde. Me había convertido en un secuestrador, un pirata aéreo... ¡Y me dejó atónito lo fácil que fue! Demasiado fácil, tal vez.

Sin embargo, no podía creer que una ancilla fuera a conducir a un Forerunner a una trampa. Eso era contrario a su propósito, su programación..., a todo en su naturaleza. Las ancillas sirven a sus amos fielmente en todo momento.

Lo que yo no podía adivinar era que no era su amo, y jamás lo había sido.

* * *

Me desvestí de mala gana, desenrollando la espiral del torso, los protectores de hombros y brazos y, por fin, los protectores de las piernas y las botas. La fina pelusilla pálida de brazos y piernas hormigueó en la brisa. Sentí de improviso una comezón en el cuello y las orejas, y a continuación, todo me picaba, y tuve que obligarme a hacer caso omiso de la sensación.

La armadura asumió la forma de un molde blando de mi cuerpo al desplomarse sobre la cubierta. Me pregunté si la ancilla adoptaría un estado latente entonces, o si continuaría con sus propios procesos internos. Era la primera vez que estaba sin su guía en tres años.

—Estupendo —dijo Chakas—, la tripulación la mantendrá a salvo para ti.

—Estoy seguro de que lo harán —contesté.

Chakas y el pequeño Florian —en su propio lenguaje, ejemplares, respectivamente, de *chamanune* y *hamanune*— correataron hasta la proa, donde se reunieron con los cinco miembros de la tripulación que estaban ya allí y empezaron a discutir en susurros quedos. Cualquiera cosa que fuera en un tono más elevado podría provocar un ataque de los merses tanto si la nave entonaba la canción correcta como si no. Los merses odiaban muchas cosas, pero odiaban de un modo particular el exceso de ruido. Se decía que después de las tormentas permanecían alterados durante días, y que la travesía por el mar interior se tornaba imposible.

Chakas regresó moviendo la cabeza en un gesto de duda.

—Van a intentar bombear unas cuantas canciones de hace tres lunas —dijo—. Los merses raras veces inventan melodías nuevas. Es una especie de ciclo.

Con un violento bandazo, la nave giró sobre el eje de su mástil. Me dejé caer sobre la cubierta y me tumbé junto a mi armadura. Había pagado bien a los humanos. Chakas había oído relatos extraños de antiguas zonas prohibidas y construcciones secretas en el interior del cráter Djamonkin.

Mis investigaciones en los archivos de los Mineros me habían inducido a creer que existía una posibilidad razonable de que hubiera un tesoro auténtico en Erde-Tyrene, tal vez el tesoro más buscado de todos, el Organon; el dispositivo que podía reactivar todos los artefactos de los Precursores. Todo había parecido encajar... hasta ahora. ¿Respecto a qué había recibido información equivocada?

Tras un paseo a través de sesenta años luz y un segundo viaje insignificante de unos cien millones de kilómetros, era posible que nunca consiguiera llegar más cerca de mi objetivo final.

Algunos merses salieron a la superficie por el lado de babor, flexionando las aletas de un color gris amoratado y expulsando chorros de agua. Pude oír sus largos dientes negros royendo el casco de madera.

* * *

El trayecto desde Edom a Erde-Tyrene había durado cuarenta y ocho horas largas y aburridas, ya que la entrada en el Slipspace se consideraba innecesaria para un viaje rutinario de abastecimiento a través de una distancia tan corta.

Mi primera visión en directo del planeta, a través de la portilla abierta de la nave de suministros, reveló un orbe, refulgente como una joya, de intensos colores verdes, marrones y azules. Gran parte del hemisferio septentrional desaparecía bajo capas de nubes y glaciares. El tercer planeta estaba pasando por un período de profundo enfriamiento y témpanos de hielo en expansión. Comparado con Edom, que hacía mucho que había dejado atrás su mejor eón, Erde-Tyrene era un paraíso descuidado.

Sin lugar a dudas desperdiciado por los humanos. Pregunté a mi ancilla sobre la veracidad de los orígenes de estos, y respondió que hasta donde habían podido averiguar los Forerunners, los humanos efectivamente habían surgido en un principio de Erde-Tyrene, pero hacía más de cincuenta mil años habían trasladado su civilización interestelar al exterior a lo largo del brazo galáctico, tal vez para huir de un temprano control por parte de los Forerunners. Los informes sobre esas eras escaseaban.

La nave de abastecimiento aterrizó en la base principal de investigación al norte de Marontik, la comunidad humana de mayor tamaño. La base estaba automatizada y vacía salvo por una familia de lémures, que se habían instalado en un barracón que llevaba mucho tiempo abandonado.

Parecía que el resto de la civilización había olvidado la existencia de aquel lugar. Yo era el único Forerunner del planeta, y eso ya me iba bien.

Inicié la marcha a pie por el último trecho de pastos y pradera y llegué a mediodía al extrarradio repleto de basura de la ciudad.

Marontik, situada en la confluencia de dos grandes ríos, apenas era una ciudad según las pautas Forerunners. Casuchas de madera y chozas de barro, algunas con tres y cuatro pisos de altura, estaban dispuestas a ambos lados de callejones que se ramificaban en otros callejones, serpenteando sin una dirección concreta, y aquella atestada colección de casuchas primitivas se extendía sobre docenas de kilómetros cuadrados. Un Forerunner joven se habría perdido con facilidad, pero mi ancilla me guió con infalible habilidad.

Deambulé por las calles durante varias horas, una curiosidad menor para los habitantes pero nada más. Pasé ante una entrada que daba a pasadizos subterráneos de la que emergían olores desagradables, y unos golfillos andrajosos surgieron en tropel por la puerta y me rodearon:

—Hay partes de Marontik que son sólo para los ojos de alguien como tú... —salmodiaban—. ¡Pasa revista a los muertos! ¡Antiguos reyes y reinas conservados en ron y miel! ¡Llevan siglos esperándote!

Aunque eso me hizo sentir un vago cosquilleo de interés, hice caso omiso de los golfillos, quienes se marcharon al cabo de un rato sin que yo me hubiera sentido en peligro en ningún momento. Parecía que estos seres vestidos burdamente, desaliñados y desgachados habían visto Forerunners con anterioridad, pero les tenían poco respeto. Tal cosa no preocupó a mi ancilla. Aquí, dijo, las normas de la Bibliotecaria, inculcadas genéticamente, incluían docilidad hacia los Forerunners, recelo hacia desconocidos y discreción en todo lo demás.

El cielo sobre Marontik estaba frecuentado por dirigibles de todos los tamaños y colores, algunos en verdad horrendos en su pretensión; docenas de globos de aire caliente, rojos, verdes y azules, atados juntos, de los que colgaban plataformas enormes de juncos de río entretejidos, repletas de comerciantes, viajeros y espectadores, así como de bestias inferiores destinadas, supuse, a convertirse en alimento. Los humanos comían carne.

Las plataformas movidas por globos proporcionaban un medio de transporte regular y mareante... En consecuencia, mi ancilla me ordenó que pagara para viajar al centro de la ciudad. Cuando le hice ver que no tenía ningún scrip, me guió a un alijo escondido en una subestación próxima, que tenía cientos años de antigüedad pero que los humanos no habían tocado.

Aguardé en una plataforma elevada y pagué el billete a un cobrador escéptico, que inspeccionó el antiguo scrip con desdén. Su rostro estrecho y los ojillos de mirada esquiva quedaban ensombrecidos por un sombrero alto y cilíndrico hecho de piel. Sólo tras parlotear con un colega escondido en una jaula de mimbre decidió aceptar mi pago y permitirme subir a bordo del siguiente vehículo chirriante y oscilante más ligero que el aire.

El trayecto ocupó una hora. La plataforma aerostática llegó al centro de la ciudad al caer la noche. Se encendieron faroles a lo largo de las tortuosas calles y largas sombras aparecieron por doquier. Me vi rodeado de fetidez antropoide.

En el mercado más grande de Marontik, me informó mi ancilla, había habido, hacía muchos años, un colectivo de guías humanos, algunos de los cuales era posible que conocieran las rutas a los centros de leyendas locales. Pronto, todos los humanos dormirían —un estado con el que yo había tenido poca experiencia—, de modo que teníamos que darnos prisa.